

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo B)

En Girona, tenemos buenos expertos en las cosas del campo. Como buen maestro, Jesús nos habla de cosas que conocemos bien, para llevarnos a aprender cosas más profundas. Nos habla de semillas, de plantas y de árboles. Pero yo os quiero compartir con vosotros algo de lo que Jesús quiere decirnos.

Tú estás aquí conmigo y con los hermanos, porque reconocemos que Dios ha puesto en nuestras manos semillas divinas. La felicidad que deseamos los hombres no la dan las cosas de este mundo, sino que solo nos las puede dar Dios, porque el alma del hombre Dios la ha hecho muy grande.

El campesino siembra la semilla en el campo, la riega y la cuida, pero la semilla crece sola, porque la semilla tiene dentro una fuerza que ha puesto Dios que la hace crecer.

De la misma manera, dice Jesús que Dios te da sus semillas para que las siembres en tu corazón, y con tu manera de vivir las riegues con tus buenas obras y las cuides con tu oración, para que estas semillas crezcan. No importa lo pequeñas que sean. Tienen dentro la fuerza que Dios les da para que puedan crecer mucho. Y crecerán si la cuidas bien. ¿Y cuáles son las semillas que Dios pone en tu mano? Pues amor, paz, comprensión, paciencia, fortaleza... son muchas. Por ejemplo, Dios no te da la paz, sino que te da la semilla de la paz para que la siembres en tu corazón, la riegues con obras de paz, y la cuides rezando por la paz. Si haces eso, la semilla, que tiene una fuerza interior de paz, crecerá, y tendrás paz para ti y para los que vengan a ti a buscar este precioso fruto.

Hay un dicho que dice que “se recoge lo que se siembra”. La mayoría de los frutos de nuestra vida tienen que ver con nuestras acciones. Ahora, por ejemplo, que muchos estudiantes están de exámenes, se ve los que han estudiado y los que no.

San Pedro Crisólogo, un obispo italiano del siglo V, dice unas cosas muy bonitas. Dice que Cristo se sembró como una semilla en un jardín muy hermoso, que son las entrañas de la Virgen María. Creció y se hizo un árbol que cubre toda la tierra, que es el madero de la Cruz. Los frutos de este árbol fueron triturados en su Pasión para dar buen gusto y aroma a todos los seres vivos que lo tocan y se acercan a él.

Es lo que pasa en la Eucaristía: comes a Cristo que se siembra en lo más íntimo de ti para que tú y yo, como la Virgen María y los santos, demos frutos divinos de amor, de paz, de consuelo, de esperanza para tantos que lo necesitan.

Y en este mes de Junio, decimos: Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío.

Oh Dulce Corazón de María, sed mi salvación.